

JUSTINIANO,
EMPERADOR
DE LOS ROMANOS

Temas de Historia Antigua

Coordinador: DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los

derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

JUSTINIANO, EMPERADOR DE LOS ROMANOS

Rafael González Fernández



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Motivo de cubierta:
Detalle de *Justinien* de Benjamin-Constant (1886)
Museo Ringling (Sarasota, Florida)

Mapas de Miguel Martínez Sánchez

© Rafael González Fernández

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-036-5
Depósito Legal: M-24.991-2020

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. ENTRE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA Y EL MUNDO MEDIEVAL: JUSTINIANO, HOMBRE DE SU TIEMPO	17
1.1. <i>El Imperio romano tardío</i>	17
1.2. <i>Justiniano, el último emperador romano</i>	22
1.3. <i>Fuentes antiguas</i>	28
2. ADVENIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS. EL GOBIERNO DE JUSTINO I	49
2.1. <i>Política religiosa de Justino</i>	58
2.2. <i>Política exterior</i>	61
2.2.1. Occidente. Italia y los ostrogodos	61
2.2.2. Oriente	62
2.3. <i>El matrimonio de Justiniano y Teodora</i>	69
2.4. <i>El epílogo del reinado de Justino</i>	73
3. JUSTINIANO Y SU ÉPOCA	75
3.1. <i>Fundamentos y fuentes del poder imperial</i>	75
3.2. <i>Teodora, la emperatriz necesaria</i>	80
3.2.1. Las fuentes	83
3.2.2. Su vida	87
3.2.3. Su poder	90
3.2.4. Su muerte	94

3.3.	<i>La rebelión de la Niké: el circo romano y las facciones</i>	95
3.3.1.	La rebelión: ocho días de enero del año 532	100
3.3.2.	Significado de la insurrección de la Niké.....	108
4.	LA ADMINISTRACIÓN DEL IMPERIO.	111
4.1.	<i>Antecedentes.</i>	111
4.2.	<i>La administración de Justiniano.</i>	113
4.2.1.	El gobierno central.	114
4.2.2.	Los sistemas administrativos	115
4.2.3.	La jerarquía de los cargos	117
4.2.4.	El sistema impositivo y la lucha contra la corrupción	119
4.3.	<i>Reorganización de África.</i> <i>El primer gran proyecto administrativo</i>	124
4.3.1.	La administración regional	124
4.3.2.	El estatuto africano y la renovación de las estructuras administrativas.....	126
4.4.	<i>La renovatio imperii: religio, arma et leges</i>	134
5.	LA RESTAURACIÓN TERRITORIAL.	141
5.1.	<i>La conquista de África. Anexión del reino vándalo y luchas con los mauri.</i>	142
5.1.1.	El inicio de la conquista.	144
5.1.2.	Las batallas de Ad Decimum y Tricamaro y el fin del reino vándalo.....	147
5.1.3.	La administración de la paz. Las luchas contra los pueblos moros	152
5.1.4.	Continuación de la guerra en África durante el reinado de Justiniano	154
5.1.5.	La paz restaurada	157
5.2.	<i>Recuperación de Italia.</i> <i>Luchas contra los ostrogodos.</i>	158
5.2.1.	El inicio de la guerra gótica. Primera campaña de Belisario en Italia (536-540)	159
5.2.2.	Las batallas de Roma.....	161
5.2.3.	La conquista de Rávera.....	172
5.2.4.	La segunda campaña italiana de Belisario (544-548)	174

5.2.5.	Los años finales en Italia. La victoria de Narsés . . .	181
5.3.	<i>La intervención en el reino visigodo de Spania</i>	185
5.3.1.	Las ofensivas militares.	189
5.3.2.	Las Baleares bizantinas.	194
5.3.3.	La administración bizantina en Hispania	195
6.	LA RESTAURACIÓN RELIGIOSA	199
6.1.	<i>Relaciones con el monofisismo</i>	204
6.2.	<i>Cuestión de los Tres Capítulos</i>	207
6.3.	<i>Luchas contra otras religiones y filosofías</i>	211
6.4.	<i>Política eclesiástica</i>	215
6.5.	<i>Privilegios de la Iglesia</i>	217
6.6.	<i>Santa Sofía: la renovatio en la arquitectura</i>	220
7.	LA RESTAURACIÓN JURÍDICA: <i>CORPUS IURIS CIVILIS</i>	225
7.1.	<i>El derecho codificado.</i> <i>La compilación de Justiniano</i>	227
7.2.	<i>Ediciones del Código:</i> Codex repetitae praelectionis.	229
7.3.	<i>Digesto. Digesta sive pandectae</i>	232
7.4.	<i>Las Instituciones. Institutiones o Instituta</i>	234
7.5.	<i>Las Novelas. Novellae</i>	235
7.6.	<i>Trascendencia y significado de la obra justiniana</i>	237
8.	LOS MOMENTOS DIFÍCILES	239
8.1.	<i>El enemigo oriental: los persas sasánidas</i>	239
8.1.1.	Las batallas de Dara y Calínico	243
8.1.2.	Muerte del rey Cabades y subida al trono de Cosroes	249
8.1.3.	El final de la guerra persa de Justiniano	250
8.2.	<i>La plaga de Justiniano</i>	255
8.2.1.	La enfermedad.	256
8.2.2.	Origen	257
8.2.3.	Su propagación.	258
8.2.4.	Los brotes	260
8.2.5.	Repercusión y consecuencias.	261
8.3.	<i>Ocaso y momentos finales. Los últimos años</i>	265
8.4.	<i>Conjuras contra Justiniano</i>	272

9. RECEPCIÓN. JUSTINIANO DESPUÉS DE JUSTINIANO	279
9.1. <i>La recepción hasta el siglo xvii.</i> <i>El descubrimiento de la Historia secreta.</i>	281
9.2. <i>El siglo xviii</i>	285
9.3. <i>Del siglo xix a la actualidad</i>	288
9.3.1. <i>La Teodora cinematográfica</i>	290
9.3.2. <i>La literatura.</i>	292
9.3.3. <i>Otras manifestaciones artísticas.</i>	295
9.3.4. <i>Videojuegos</i>	297
 CONCLUSIONES	 299
 SELECCIÓN DE TEXTOS	 309
1. <i>Constituciones imperiales</i>	309
2. <i>La reforma de la administración</i>	314
3. <i>Consejos de su maestro Agapito a Justiniano</i>	318
4. <i>Justiniano y Teodora</i>	320
5. <i>La sedición de la Niké</i>	326
6. <i>Descripción de Santa Sofía</i>	332
7. <i>Inicio de la denominada plaga de Justiniano</i>	336
8. <i>Política religiosa de Justiniano</i>	338
 CRONOLOGÍA	 343
 BIBLIOGRAFÍA	 349
1. <i>Fuentes primarias: ediciones y traducciones</i>	349
2. <i>Fuentes secundarias: bibliografía</i>	350

2

ADVENIMIENTO Y PRIMEROS AÑOS. EL GOBIERNO DE JUSTINO I

Cuando se habla de Justino, inmediatamente y de forma refleja se le relaciona con su sobrino, y hasta se podría decir que fue casi completamente eclipsado por él. Sin embargo, es importante reseñar que, como se ha dicho, sin Justino no habría habido Justiniano. De hecho, Procopio de Cesarea, el autor más importante de la época, en su *Historia secreta* escrita a mediados de siglo, comienza el régimen de Justiniano en 518, precisamente cuando Justino asciende al trono, y en su obra *Sobre los edificios*, relativa al programa de construcción de Justiniano, trata como parte de él los realizados durante el reinado de Justino. Así, contando ya 67 años, desde el comienzo de su reinado estuvo bajo la influencia decisiva de su sobrino y sucesor Justiniano, que contaba entonces 36 años.

Justino I nace alrededor de 450-452 en una familia campesina de condición muy modesta, en Bederiana, ciudad próxima a la actual Skopje, en la provincia de Dardania, perteneciente a la diócesis de Dacia que, junto a Macedonia, formaba la prefectura del Ilírico, una zona particularmente problemática, envuelta en constantes enfrentamientos bélicos. Concretamente,

en 447 una devastadora incursión de los hunos, que llega muy al sur, hasta las Termópilas, deja una estela de destrucción a través del Ilírico y obliga al prefecto del pretorio a huir de Sirmio a Salónica. Poco después, hacen su aparición los ostrogodos, que devastan el territorio hasta que el emperador León I firma la paz en 461.

En este contexto de guerra y destrucción, que provocaría el éxodo de la población local, cuando corría el año 470, al final del reinado de León I, Justino, quien, según la afirmación de Zonaras, se dedicaba al cuidado de animales de granja, junto a otros dos compatriotas, Zimarchus y Dityvistus (nombres de origen tracio), se dirigen a Constantinopla. En la capital del Imperio buscan poder mejorar su futuro, renunciando a la vida de penurias que, como campesinos, habrían tenido en su pueblo natal. El servicio militar es una buena alternativa a la indigencia e inestabilidad propias de la vida de un pequeño campesino. En este sentido, y por lo que sabemos, las zonas rurales eran un semillero de soldados que acababan enrolados huyendo de sus miserables condiciones. En último caso, sus motivos parecen muy evidentes: el prestigio de la guardia imperial, así como un sueldo más alto, debieron ser un buen acicate para estos jóvenes que poseían el físico idóneo requerido para incorporarse a estas unidades y que, además, huían de la miseria.

Así, a pie, solo con pan duro como alimento y un manto para tratar de evitar el frío, cuando llegan, tras cientos de kilómetros de viaje, son seleccionados para formar parte de los *excubitores* y de cuyos *comites* (condes) surgirían emperadores desde el reinado del propio Justino I. Este cuerpo militar había sido organizado recientemente, alrededor del año 460, por el emperador León en un intento de contrarrestar la excesiva influencia del contingente militar germano de su *magister militum* Aspar.

Como ya se ha dicho, sus aptitudes físicas le facilitan el acceso a un empleo en esta nueva unidad militar. Para acceder a este grupo se requería superar 1,80 m de altura. Justino, por tanto, debía ser un hombre alto y fuerte. De sus compañeros no sabemos nada más, pero de él podemos suponer que fue un buen soldado, aunque las fuentes no mencionan ningún hecho distinguido en su carrera militar, más allá de convertirse, tras la muerte de Anastasio, en emperador por su posición como comandante de los *excubitores*. Por lo tanto, su ascenso se pudo deber a sus propios méritos, ya que no conocemos relaciones previas con miembros importantes de

la corte. Además, supo compartir su buena fortuna con los miembros de su familia.

No sabemos nada de su actividad durante el reinado de Zenón (474-491), que había sucedido a León. Podemos suponer que sus cualidades le hicieron ascender en el escalafón militar, y ya durante el reinado de Anastasio I (491-518) aparece bajo las órdenes de Juan, apodado el Jorobado, durante la lucha contra los rebeldes isauricos. Anastasio, como antaño hiciera León, quiso, a su vez, poner freno a la influencia isáurica, lo que desencadena graves conflictos en la zona, sobre todo entre 491-498. Además, fue *magister utriusque militiae praesentalis* entre 492-499 y cónsul este último año. También se le considera *magister militum per Thracias*, lo que podría explicar la presencia de Justino entre sus soldados. Este Juan, según Procopio (*Arc.* VI, 6-10), encierra a Justino en prisión por una falta cometida (no especifica cuál), y aunque estuvo a punto de ajusticiarlo, sin embargo, lo libera tras una visión que, al parecer, le sobreviene en sueños.

Asimismo, durante el reinado de Anastasio, además de en esta guerra isáurica, Justino participa también en campañas contra los persas (*Pers.* I 8, 1-5 y II 15, 7) tras la toma de Amida, en 503, con un poderoso ejército que, a las órdenes de cuatro generales, Areobindo, Céler, Patricio e Hipacio (este último, además, era sobrino del emperador), invade Persia.

Ya al final del reinado de Anastasio, el Imperio se encuentra sometido a peligrosos conflictos y querellas, entre los que destacan, por encima de todos, los religiosos. Aunque Anastasio había sido un monofisita convencido, sin embargo, su política religiosa fue, en alguna medida, moderada. Se esfuerza por mantener el principio del *Henotikon*, el edicto de Zenón promulgado en 482, que intenta reconciliar a calcedonios y monofisitas y, por tanto, la paz de la Iglesia, para lo cual firma, a instancias del patriarca Eufemio, una declaración escrita de ortodoxia. Sin embargo, su tendencia promonofisita y la ausencia de acuerdo con los obispos seguidores de la ortodoxia de Calcedonia termina frustrando cualquier intento de acercamiento. Concretamente, en 512, presionado por el entorno de Constantinopla, adopta una clara postura monofisita, lo que provoca el descontento en la parte europea del Imperio, que lleva a Vitaliano (nieto de Aspar y *magister militum per Thracias*) a rebelarse contra el emperador. Esta revuelta se prolonga durante los años 514 y 515 y, al final, es sofocada tras una victoria naval del general Marino. Los continuos levantamientos de Vitaliano, que llevan como bandera la de-

fensa de la ortodoxia y claramente en contra de la postura promonofisita del emperador, suscitan un complicado escollo político que continúa de forma patente hasta los últimos momentos del emperador Anastasio.

Justino participa activamente en los distintos enfrentamientos bélicos contra el rebelde Vitaliano. Finalmente, los abundantes méritos del tracio le permiten ascender a la jefatura de la guardia imperial, en la que años atrás, junto a sus dos compañeros, había iniciado su nueva vida en Constantinopla. Convertido en *comes excubitorum*, alcanza además el rango senatorial. Realmente una ascensión considerable para alguien que procedía del más bajo escalafón social. Sin embargo, su promoción aún no había acabado.

En el mes de julio de 518, Anastasio, que había cumplido ya 88 años, aún sigue ocupándose de las tareas de gobierno. No obstante, durante la noche del 8 de julio le sobreviene la muerte, en circunstancias que no dejaron de levantar sospechas. Nadie podía presagiar la sucesión de acontecimientos que llevarían a Justino a ocupar el trono. En estos momentos de inquietud y zozobra los que manejan la situación en el palacio son, por un lado, Céler, el maestre de los oficios y, por otro, Justino, que está al mando de los guardias de palacio. Después de conocer la noticia de la muerte del emperador Anastasio por los *silenciaris*, responsables del buen orden y del silencio en el palacio y que servían personalmente al emperador, Céler y Justino pasan a la acción, seguramente sin tener todavía claro qué debía hacerse y cuál o cuáles serían los posibles pretendientes. Ambos reúnen a los hombres bajo sus órdenes directas: Céler, a los candidatos y *scholares* (escolares), y Justino, a sus trescientos *excubitores*; les comunican la noticia y anuncian la próxima designación del sucesor de Anastasio, que sería elegido por el pueblo y el Senado.

Si en el transcurso de la noche la información de la muerte se ha propagado por todo el palacio y alrededores, en la mañana del 9 de julio ya toda la ciudad la conoce. La gente se congrega en el Hipódromo reclamando un nuevo emperador, y los altos funcionarios y senadores, presentes en la ciudad, así como el patriarca, se reúnen en el Gran Palacio para nombrar un sucesor, puesto que Anastasio no lo había dejado dispuesto. Su cónyuge, la emperatriz Eliana Ariadna había fallecido tres años antes, en 515; no habían tenido hijos y sus parientes más próximos eran sus sobrinos Hipacio, Pompeyo y Probo, que habían sido cónsules en 500, 501 y 502, respectivamente,

pero cuyo protagonismo en la propia corte, en estos momentos, había perdido relieve. En el tiempo de la muerte de su tío, Hipacio era *magister militum Orientis* y Pompeyo *magister militum Thraciae*. ¿Por qué Anastasio no había contado con alguno de sus sobrinos como heredero? De hecho, Hipacio, experimentado soldado pero sin ningún logro importante en su haber, debía haber sido el mejor situado en esa carrera, como se vería después durante la revuelta de la Niké, en el reinado de Justiniano, y parecía el candidato más evidente. Justo en estos momentos, se encuentra lejos, en Antioquía, en el desempeño de su cargo. Pero o Anastasio no tenía prisa por pensar en su sucesión, a pesar de su edad, o no contaba con sus familiares. En cualquier caso, el vacío de poder que suscita su fallecimiento, impulsa diferentes movimientos en palacio en busca de candidatos.

Se conoce con bastante detalle el relato de las circunstancias que conducen a la investidura de Justino, por el relato conservado en una obra que refiere la historia del cargo de *magister officiorum*, desde su institución con Constantino hasta Justiniano, que contiene una lista de los *magistri*, así como descripciones de las ceremonias imperiales, varias de las cuales son reproducidas en el *De Caeremoniis* o *Libro de las ceremonias* del siglo x. Su probable autor, Pedro el Patricio, *magister officiorum* en época de Justiniano (Vasiliev, 1950: 68-82 y 102-108), nos manifiesta (*De Caerem.* I, 93):

En la proclamación de Justino de pía y divina memoria hubo cierta falta de orden ya que no había Augusta ni emperador para coronarlo, y los acontecimientos fueron casi impredecibles. Cuando Anastasio de divina memoria murió durante la noche, fue anunciado por los silenciarios al maestro de los oficios y al conde de los excubidores que debían reunirse en el Palacio.

Posiblemente los nombres que aflorarían en las mentes de muchos serían, por un lado, Hipacio que, como se ha comentado, se encuentra lejos, en Antioquía y, por otro lado, Vitaliano, el defensor de la causa de Calcedonia, que además se halla muy cerca de la capital al mando de un numeroso ejército, y que había estado luchando hasta hacía poco tiempo contra el del propio Anastasio. Sin embargo, su perfil de rebelde en los últimos años, además de su credo calcedoniano, no le facilitan sus posibles aspiraciones y lo alejan de las preferencias monofisitas de los principales “electores” de la corte, especialmente de Céler.

Por tanto, y si esto fue así, parece extraño que no surgiera el nombre de Vitaliano en las preferencias del pueblo reunido en el Hipódromo. Había prisa y, seguramente, cuanto más tiempo pasara, el número de posibles candidatos podría aumentar.

Los movimientos fueron rápidos, ya que la situación así lo exigía. Céler, monofisita convencido, tiene sus propios planes y decide unir a su causa al *praepositus sacri cubiculi*, Amancio. Céler no aspira al trono, su edad y sus problemas físicos parecen impedirselo. Seguramente se encuentra más cómodo en un segundo plano. En el caso de Amancio, simplemente es inalcanzable, su condición de eunuco imposibilita su elección. Su común designación recae, finalmente, en el patricio Teócrito, *comes domesticorum*, una figura menor, al que seguramente consideraban manipulable y fácil de someter a su voluntad. Y, en todo caso, su intención es proseguir la línea política de Anastasio a favor del monofisismo.

Esa misma mañana del 9 de julio inician sus planes. Deben obtener el reconocimiento tanto del Senado como del pueblo. En cuanto a lo primero, se encargan ellos mismos, poniendo en marcha sus relaciones y contactos palaciegos. Para tratar de convencer a la plebe escogen a la persona equivocada. Se dirigen a Justino, pensando seguramente que estaría dispuesto a hacer lo que ellos le dijeran y que, de igual forma, se plegaría a sus designios. Asimismo, se le confía una gran suma de dinero para proporcionar sobornos entre las tropas y el pueblo, y así tratar de conseguir la adhesión para su candidato. Es más que posible que este fuera el instante en el que Justino se diera cuenta de sus posibilidades como candidato imperial. Muy pronto se advierte que Céler y Amancio no habían conseguido reunir suficientes partidarios entre los senadores, posiblemente por las reticencias de estos a prolongar una línea política continuista. Teócrito prácticamente queda descartado.

En estos momentos de inquietud el tiempo sigue corriendo, los *excubitores* quieren elegir como emperador a un oficial, Juan, muy próximo a Justino. Siguiendo el modo tradicional, es elevado sobre los escudos y, de esta forma, presentado al pueblo. Sin embargo, los Azules, una de las dos principales facciones del Hipódromo a las que nos referiremos más adelante, se oponen completamente a esta decisión. Se producen disturbios y llegan los primeros muertos. Por su parte, los *scholares*, guardias imperiales espléndidamente uniformados, creados por Diocleciano o Constantino en número de

3500 y aumentados por Justiniano a 5500, designan a su propio aspirante, un *magister militum*, de quien no se conoce con exactitud su identidad, aunque algunas fuentes hablan de un tal Patricio. En este caso, lo encaraman sobre una mesa y pretenden proclamarlo emperador, lo que finalmente fue impedido por la negativa de los *excubitores*. Se produce una lucha entre los dos grupos, en la que la intervención de un joven oficial de los *candidati* (la guardia personal del emperador formada por 40 soldados, así llamados por su uniforme blanco) evita la muerte del tal Patricio. Este joven oficial no es otro que Justiniano, sobrino de Justino. Tras este enfrentamiento, los *excubitores*, a su vez, le brindan el trono al propio Justiniano, a lo que el joven oficial se opone. Entretanto, al margen de quien fuera el elegido, los guardias golpeaban en la conocida como Puerta de Marfil, el acceso más directo a los aposentos personales del emperador, demandando a los chambelanes imperiales la entrega de las vestiduras imperiales para sus pretendientes. Pero aquellos, refugiados tras las puertas, conforme van conociendo los nombres de los distintos candidatos, se niegan a entregarlas.

En este punto de las conversaciones es sensato imaginar que las probabilidades de Justino de acceder al poder eran muy reducidas, pero, precisamente, lo impredecible de la situación podía hacer que cualquier suceso fuese posible. Justino, que no pretendería beneficiar a Teócrito y la grave torpeza de Amancio, que deposita su confianza y el dinero en él, seguramente tiene una explicación muy sencilla: no se les pasó por la cabeza que un personaje como Justino pudiera llegar a pensar siquiera en aspirar al trono.

El último acto de este convulso día tiene lugar cuando finalmente los senadores convienen en que Justino es el aspirante más digno y le exhortan a asumir el poder imperial. Como en los casos anteriores, su aspiración fue mal aceptada, en este caso, por los *scholares*, uno de los cuales incluso abofetea el rostro de Justino. Pero su designación es ya un acontecimiento incontestable, puesto que, tanto el ejército como el pueblo, le han dado su visto bueno. Aceptada ya su pretensión, es trasladado al Hipódromo, en donde recibiría el homenaje de los principales bandos circenses, los Azules y los Verdes. Allí mismo son enviadas las vestiduras imperiales por los chambelanes que, ahora sí, han aprobado a este candidato. Justino, acompañado por el patriarca Juan y algunos oficiales, aparece en la cámara imperial del Hipódromo, llamada *kathisma*. Subido al escudo, recibe, de manos de Godila, *campidoctor* de los *lanciani*, una cadena y en ese momento se izan los

estandartes, que han permanecido en el suelo, saludando al nuevo emperador. Es revestido con los ornamentos imperiales y el patriarca Juan coloca sobre su cabeza la corona. Engalanado de esta forma, aparece en la tribuna, armado además con escudo y lanza, y comienza a recibir las aclamaciones y homenajes de todos los que han concurrido el Hipódromo, que son conducidos por los funcionarios (conocidos como *a libellis*), cuya misión era exponer las distintas peticiones al emperador, ya que los encargados de manejar esta ceremonia, el cuestor o el *magister officiorum* Céler no habían asistido al acto. El *magister* se había disculpado, alegando una repentina enfermedad para excusar su ausencia.

Así, solo dos días después de la muerte del emperador Anastasio, el 10 de julio del 518, Justino, fiel seguidor del Concilio de Calcedonia, accedía al poder desde su condición de *comes excubitorum*. El nuevo emperador sabía a quién debía ganarse ya desde sus primeros momentos de reinado. En su alocución triunfal notifica que concedería un donativo de cinco sólidos y una libra de plata para cada soldado, que era la misma cuantía que habían entregado León I en 457 y Anastasio I en 491. La narración de Pedro el Patricio (*De Caerem*. I, 93) recoge los homenajes y el entusiasmo que acompañó a la celebración:

El soberano César Justino, victorioso y siempre venerado dijo: Puesto que accedemos al poder imperial por el juicio de Dios Todopoderoso y por vuestra elección, invocamos la previsión celestial. Entonces todos los presentes gritaron: ¡Prosperidad para el Imperio! ¡Reina como has vivido! ¡Prosperidad para el Estado! ¡Emperador Celestial, conserva al que está en la tierra! ¡Justino Augusto que salgas victorioso! ¡Muchos años para el nuevo Constantino! ¡Somos siervos del emperador! [...] Todos gritaban: ¡Hijo de Dios ten piedad de él! ¡Tú lo elegiste a él: ten piedad [...] Digno de la Trinidad! ¡Digno de la ciudad! ¡Muchos años para el emperador! [...] y otros muchos gritos de este tipo.

El último acto de la coronación, en este caso religioso, se celebra en la iglesia de Santa Sofía, en donde se festejan las últimas ceremonias de su entronización. Ofrece la corona a Dios, depositándola en el altar y, tras esto, vuelve a situarla sobre su cabeza: el anciano Justino ya es el nuevo emperador de Bizancio. El 1 de agosto, escribe al papa Hormisdas en Roma, anunciándole su designación y comunicándole, a la vez, que había sido elegido

en contra de su voluntad. Pero en la obra de Juan Malalas se conserva la tradición de que Justino estaba más dispuesto de lo que afirmaba en primera instancia, lo que parece estar más de acuerdo con la realidad que las palabras dirigidas por el nuevo emperador al papa.

Cuando alcanza el trono, Justino tiene ya entre sesenta y seis y sesenta y ocho años. Las fuentes, en general, destacan su buena apariencia, y Juan Malalas (*Chron.* XVIII, 1) nos ha dejado una descripción más precisa: “De mediana estatura, con una buena complexión, cabello rizado completamente gris, una buena nariz, una tez bastante rojiza y atractivo”.

Aunque durante el reinado de su sobrino Justiniano se erigen numerosos retratos y estatuas de Justino, sin embargo, no conservamos ninguno de ellos. Solo disponemos de las monedas en las que se le representa imberbe y engalanado con las vestimentas imperiales.

Justino, campesino de origen, soldado en múltiples batallas de la guerra isáurica, pérsica y contra Vitaliano, si no analfabeto, sí al menos poco letrado. En cambio, cuenta con una gran intuición y una enorme astucia, callado pero decidido y, fundamentalmente, católico. De él ha dicho John Bagnell Bury (1897) que no tenía cualificación ninguna para gobernar una provincia, por no hablar de un imperio. Su ascenso desde tan sencillos orígenes causó la fascinación incluso de sus propios coetáneos. Un buen ejemplo de esto lo muestra el relato, transmitido por el Pseudo-Zacarías el Rétor en su *Crónica* (VIII, 1), que cuenta la historia de Marino de Apamea, un cartulario que había pintado en las paredes de unos baños públicos toda la vida del nuevo emperador desde su llegada, por primera vez, a Constantinopla, y cómo pasó de un cargo a otro hasta convertirse en emperador. Justino, cuando entra en Constantinopla desde el campamento de Mauriana en el Ilírico, ve la obra y, suspicaz y desconfiado, le hace venir a su presencia para averiguar qué le ha llevado a plasmar tales hechos. El artista, que se tenía por un hombre agudo, y siendo consciente de la peligrosa situación, respondió:

He empleado estas imágenes para que los que las contemplen sean informados y aleccionados mediante el discernimiento, para que los grandes hombres, los ricos y los hijos de nobles familias no confíen en su poder, su riqueza o en la importancia del linaje de su familia, sino solamente en Dios, que es quien levanta al hombre desafortunado de lo más bajo y lo coloca a la cabeza de la gente y gobierna el reino humano

para dárselo a quien quiera y elige a los humildes, a los despreciados y a aquellos que no son nada, para eliminar a los que son algo.

El emperador aceptó las explicaciones de Marino y este se vio libre del peligro. No había más que decir.

A pesar del juramento prestado con motivo de su elección, por el que se compromete a no perseguir a sus adversarios, Justino, sin embargo, depura la corte de individuos indeseados y, sobre todo, de todos aquellos que han apoyado al anterior emperador. Casi inmediatamente después del acto de coronación en Santa Sofía y escasamente diez días después del cambio de poder, la oposición, formada casi exclusivamente por eunucos y cubicularios es relevada y expulsada. En el caso de los aspirantes al trono, y también los que los habían apoyado, sufren diferentes desenlaces. El cubiculario Misael es desterrado. Igual suerte corre el chambelán Ardabur. Por su parte, el chambelán Andrés Lausiaco, así como Amancio y Teócrito son ajusticiados. Las víctimas simpatizaban abiertamente con los monofisitas, quienes, en algún caso, llegaron a exaltarlos como verdaderos mártires. De hecho, este período de castigos y ejecuciones se convierte también en un momento de entusiasmo católico. Al día siguiente del asesinato de los adversarios, los nombres del papa León I y de los patriarcas de creencias católicas, Eufemio y Macedonio, son incluidos en la oración eucarística. Finalmente, el 7 de septiembre, Justiniano, seguramente en su nombre y en el del nuevo emperador, comunica a Roma que lo más arduo de los problemas relativos a la fe ha sido resuelto con la ayuda de Dios. El nuevo señor no quería dejar cabos sueltos.

2.1. Política religiosa de Justino

Justino, calcedoniano convencido, rompe inmediatamente con la política monofisita de su predecesor. Una de sus primeras decisiones de gobierno, además, es reclamar a Vitaliano, quien tras su derrota permanece al acecho, escondido en su Tracia natal. Este fue una figura importante durante un tiempo, hasta que fue asesinado en julio de 520, hecho del que se llega a acusar a Justiniano. Al parecer, Vitaliano habría eclipsado durante algunos meses al sobrino del emperador. Este recibió el rango de patricio en el momento del ascenso de su

tío, y además fue nombrado *comes domesticorum*, conde de los domesticos, sin embargo, Vitaliano fue elegido cónsul en 520, junto con Flavio Rusticio. El primer consulado de Justiniano tiene lugar al año siguiente, en 521.

En la zona oriental, los monofisitas sufren una intensa persecución, que está bien documentada por Juan de Éfeso. Severo, patriarca de Antioquía y principal teólogo del monofisismo, huye a Egipto, en donde encuentra refugio con Timoteo III, patriarca de Alejandría. Esta corriente religiosa se había convertido casi en una religión nacional en Egipto desde el Concilio de Calcedonia en 451 y Justino nunca llegó a extender su persecución hasta allí. En otros lugares, el nuevo gobierno actúa con prontitud en un intento de restaurar la ortodoxia, tal como venía definida en el Credo de Calcedonia. El 20 de julio de 518 se realiza un sínodo en Constantinopla, en el que participan los obispos de la región. Se pronuncia un anatema contra Severo de Antioquía y el patriarca Juan II de Constantinopla envía cartas a todos los obispos de relevancia con copias de los decretos sinodales. En diversos lugares se aceptan estos compromisos, como en Jerusalén, en donde el patriarca Pedro sigue los dictados de Constantinopla. También en *Siria Secunda* se celebra un sínodo que ratifica la excomunión de Severo. Asimismo, se envían cartas desde la capital al papa Hormisdas: una de Justino, otra, más apremiante en el tono, de Justiniano, y una tercera del patriarca.

Las epístolas tardan más de tres meses en llegar a Roma y la respuesta del papa no se produce hasta el año siguiente. El papa declina la invitación para venir a Constantinopla, pero envía una delegación para exponer su postura que, en cualquier caso, es innegociable. Los enviados papales tienen prohibido debatir los temas, pero con ellos viaja, como intérprete y observador, *Dioscorus*, un diácono de Alejandría. La reunión, entre los enviados papales y el patriarca Juan, se celebra en Santa Sofía. Allí, en plena discusión, cuando es necesario aludir a la “culpabilidad” de Acacio, el patriarca de Alejandría, autor del *Henotikon*, que había llevado al llamado “cisma acaciano” durante el reinado de Zenón, Dióscoro, que no era un legado oficial y, por lo tanto, era libre para hablar y exponer la posición papal, logra convencer a los presentes. Aunque no conforme, finalmente, Juan, el patriarca de Constantinopla, firma el libelo papal el 28 de marzo de 519, Jueves Santo, en presencia de Justino, el Senado y el clero. El emperador también acepta la resolución y accede a la condena de Acacio, la de sus cuatro herederos en el trono patriarcal, la de los prelados que habían

permanecido en comunión con ellos y, consecuentemente, también la de los emperadores Zenón y Anastasio.

Sin embargo, el papa había ido demasiado lejos. Excomulgar a los prelados que habían permanecido en comunión con Acacio y sus sucesores significaba la excomunión de todos los obispos en el este después de 484, cuando se emite el *Henotikon*. El primer revés proviene de Salónica, donde el obispo se niega a firmar la decisión papal. Justino pronto se da cuenta de la insatisfacción popular en otros lugares y decide adoptar una postura más flexible. Aunque es acérrimo defensor del credo calcedonio, es más que probable que sus años de experiencia en la corte le hayan dotado de una visión más permisiva y razonable para analizar las situaciones conflictivas.

A principios del año 519, una delegación de monjes llega a la capital desde Escitia Menor con una nueva proposición que les hace ganar el apoyo de Vitaliano, oriundo de esa zona. Esta embajada propone la fórmula que establece que “uno de la Santísima Trinidad había sufrido en la carne”. Esta propuesta es inmediatamente denunciada por los llamados “monjes insomnes”, feroces guardianes de la ortodoxia calcedonia que, eventualmente, se volverían incluso más ortodoxos que el propio papa y acabarían siendo excomulgados. Finalmente, esta fórmula se hace conocida como la “doctrina Theopaschita”, que llega a interesar posteriormente, ya casi al final de su reinado, al propio Justiniano. Los monjes viajan a Roma, donde intentan explicar su doctrina, pero Hormisdas se muestra inflexible. Sin embargo, su victoria de 519 no resuelve nada; en todo caso, demostró la inutilidad de la política de intransigencia de Roma ante el problema monofisita. Hormisdas muere en 523, y su hijo Silverio, que acabaría también convertido en papa, manda escribir un epitafio sobre la tumba de su padre, una de cuyas líneas decía: “Grecia, vencida por poder piadoso, ha cedido ante ti”.

La persecución de los fieles monofisitas en el este continúa hasta 520, momento en el que Vitaliano es asesinado. El cumplimiento de la ortodoxia se hace extensivo incluso al ejército: a los soldados se les ordena suscribir el credo calcedoniano. A partir de esta fecha, Justino se modera. Sin embargo, en sus últimos meses de vida, concretamente desde que Justiniano actúa como coemperador, la política imperial retoma la estrategia de coacciones. No obstante, aunque la aplicación de Justino de las medidas contra la herejía es pragmática, su devoción a la ortodoxia sigue siendo firme. En 525, se conocen en Italia las persecuciones contra los arrianos en la parte oriental. Teodorico

ordena entonces al papa Juan viajar a Constantinopla para protestar y amenazar con perseguir a los católicos italianos como represalia, lo cual no dejaba de resultar irónico. Sin embargo, y a pesar de todo, el recibimiento de Justino al papa Juan fue tan entusiasta y cordial que incluso llega a despertar muchas suspicacias en el rey ostrogodo. Además, mientras permanece en Constantinopla, realiza una ceremonia de coronación para Justino, con lo que dejaba meridianamente claro de qué lado estaba. Pero, finalmente, a pesar de la buena acogida, los esfuerzos (si es que los hubo) del papa en representación de los arrianos fueron inútiles: regresa con las manos vacías a Rávena; la recepción de Teodorico es muy fría. Muere muy poco después, el 18 de mayo de 526. Su sucesor, Félix IV, designado tras dos meses de deliberaciones, cuenta con la aprobación del rey ostrogodo. Unos días después, el 30 de agosto, también muere el propio Teodorico, dejando a su nieto Atalarico como su heredero.

2.2. *Política exterior*

2.2.1. Occidente. Italia y los ostrogodos

Justino es el primer emperador, desde Teodosio I, cuya lengua madre es el latín, y esto podría explicar, en parte, el particular interés de este gobernante por los asuntos relacionados con Occidente. Además, la entronización de un emperador ortodoxo, deseoso de rectificar las relaciones con el papado, pudo haber despertado cierta inquietud en la corte ostrogótica.

Con Anastasio, los ostrogodos habían llegado a un acuerdo, que fue regularizado en 497. Italia todavía es considerada como parte del Imperio, y Teodorico gobierna a los romanos como un viceemperador y a los ostrogodos como su rey. La lengua griega distinguía, además, entre los términos emperador y rey, como Teodorico. Para este último, el título es *rex*, tomado del latín, mientras que para el primero el título es Βασιλεύς.

En tanto el emperador en Constantinopla es monofisita, el cisma religioso ha abierto una brecha entre él y sus súbditos romanos, que son firmes calcedonianos. Pero una vez que el monarca es calcedonio y el cisma acaciano está solucionado, la situación cambia radicalmente. Los romanos vuelven a su antigua lealtad y Teodorico comienza a sospechar de su fidelidad. Los ostrogodos vivían en Italia como una clase dominante, mantenida por las posesiones

de las que se habían apropiado y permanecían separados de los romanos por su religión, ya que los godos eran arrianos y celebraban su culto por separado.

La situación es bastante insegura y su rey es plenamente consciente de ello. Su inestabilidad está acrecentada, además, por el hecho de no tener hijos varones. Por todo ello, Teodorico es proclive a mantener buenas relaciones con Justino, a lo que este responde favorablemente, nombrando en 519 a Eutarico, yerno del ostrogodo por su matrimonio con su hija Amalasueta, como su pareja consular, y reconociéndolo como heredero de Teodorico. Pero, en 522, Eutarico muere, dejando un hijo, Atalarico, que había nacido en 518.

Sin embargo, la política religiosa de Justino pesó más en contra del arrianismo. Después de 523, los arrianos sufren una activa persecución en el este. En 524, Teodorico ejecuta a su maestro de oficios, Boecio, acusado de traición por las sospechas de haber mantenido correspondencia con la corte de Constantinopla. Durante su cautiverio, escribe su famosísima *Consolación de la filosofía*. En 525, como ya se ha comentado líneas más arriba, se produce el viaje del papa Juan a Constantinopla en un intento de frenar las persecuciones contra los arrianos.

Las relaciones de Teodorico con Constantinopla no son las únicas que se deterioran en sus últimos años. Ha construido una red de alianzas matrimoniales en el Mediterráneo occidental. Su segunda esposa es una princesa franca; una hija se ha casado con un príncipe borgoñón; otra, con Alarico II, el rey de la Hispania visigoda, y en el año 500 concede a su hermana Amalfrida como esposa del rey vándalo Trasamundo. Las relaciones entre estos dos reinos arrianos fueron cercanas mientras el monarca vándalo estuvo vivo, pero su sucesor Hilderico favoreció a los católicos. La viuda de Trasamundo, Amalfrida, protesta y Hilderico la encarcela. Precisamente, cuando muere Teodorico estaba planeando un ataque a África que habría amenazado aún más las relaciones con Constantinopla, ya que se consideraba a Hilderico como un defensor de la ortodoxia.

2.2.2. Oriente

a) Los persas sasánidas

La Persia sasánida es el rival del Imperio romano por el control de Oriente Próximo y Mesopotamia, lo mismo que antes lo habían sido los partos